

Juan Carlos Méndez Guédez

El baile de madame Kalalú

 Siruela

Nuevos Tiempos

*A Leonardo Padrón, que escribe los relojes,
las ciudades y el abrazo de los amigos.*

*A Leire Leguina, David Mejía, Miriam Gómez Martínez
y Alba Ramírez Roenillo, mañana, café, Cibeles
y lunes que con ellos son viernes.*

*Al recuerdo de Adelaide de Chatellus, a quien debía
explicarle un raspado de colita en Caracas,
porque era lindo sonar en sus francesas palabras.*

¿Quién es el que afirma que debe haber una red de carne y hueso para retener la forma del amor?

RUBI GUERRA

*E assim nas calhas de roda
Gira, a entreter a razão,
Esse comboio de corda
Que se chama coração.*

FERNANDO PESSOA

Me pregunto por qué no escoge todo el mundo el cómodo oficio de ladrón. Con un poco de habilidad y reflexión nada resulta más encantador. Un oficio descansado... un oficio de padre de familia... Incluso es demasiado cómodo... Hasta resulta fastidioso.

MAURICE LEBLANC

Soy fea. Soy gorda. Soy demasiado grande.

No tendría otro modo de definirme. Si me lo preguntan, esas serían las primeras frases que vienen a mi mente.

Lo que puedo asegurarle es que no soy una asesina.

Soy fea, soy gorda, soy demasiado grande. Pero si se me concediesen unos instantes de sosiego, si pudiese resumir lo que ha sido mi vida tendría que matizar un poco.

Lo primero: no soy tan fea. Nadie podría decir que soy un bellezón como mi hermana Alida; nadie me contrataría para una campaña de perfumes con voces en francés; pero tampoco soy un espanto. Soy correctamente fea. ¿Comprende, sor Liliana?

Soy ese tipo de mujer con el que todas las amigas desean hacerse una foto. ¿Por qué? Porque así ellas lucen más radiantes, más refulgentes.

Esa fue la clave de mi éxito en la adolescencia. No hubo fiesta a la que no me invitasen; no hubo reunión, encuentro, paseo al que no estuviese convocada; todas las muchachas querían hacerse fotos, pasear, salir de discotecas y asistir a bailes conmigo. Yo era la garantía de su éxito. Cuando me encontraba cerca de ellas los hombres me miraban un par de segundos y luego saltaban sobre las siluetas que yo tuviese a un lado, esas siluetas que parecían flotar, elevarse como pompas de jabón. ¿Me comprende?

Cierto que en ocasiones les gusto a algunos hombres y hay mañanas en que me miro y encuentro algún detalle gracioso: mi

brillo en los ojos, mis orejas bien hechas. Pero flotar como flotan las beldades, no. No floto.

Espero que me entienda, supongo que deseaba hablarle de la levedad para también matizar lo de que soy gorda. Allí vivo en un peligroso territorio intermedio.

Se lo resumo: es demasiado fácil ser gorda siendo gorda.

Pero no es mi caso.

Siendo gorda aprendes a sobrevivir con ese exceso, porque cada segundo de tu vida, tu propio cuerpo y la mirada de los otros te lo advierten: eres gorda, eres gorda, así que caminas y bailas y paseas y trabajas y duermes y te vistes y vas al cine y respiras gordamente.

Yo no. Soy caderona y cuando me inclino se nota que mi abdomen no es una tabla. Allí cuelgan tres imbatibles rollitos de grasa que me han acompañado desde la adolescencia y que no tienen planes de marcharse a pesar de que detesto los carbohidratos. Soy un poco ancha o, para decirlo con las delicadas palabras de mi hermana y mi madre, soy gordita. No ignore el diminutivo. Ita. Ita. Hasta el sonido complica el existir, porque requiere de un gesto en los labios que nos hace tenuemente ridículos.

Eso quiere decir que en ocasiones no soy demasiado gorda y en ocasiones sí lo soy, depende de si escogí bien la ropa o al lado de quién me coloco en una fila. Y para evitar que me abrume esa gordura intermitente me declaro gorda y asunto zanjado. No piense usted que hay demasiadas oposiciones a mi diagnóstico; solo de tanto en tanto alguien dice: «Pero qué vas a ser gorda, gorda es Paquita la del Barrio». Y sí, claro, al lado de ella yo me vería muy bien, pero en cuanto aquella mujer sacase su chorro de voz los hombres la verían flotar, la verían elevarse, le encontrarían el gusto a sus carnes blancas e inabarcables. Y yo seguiría muy sujeta al suelo.

Pero no se equivoque, no se lleve la impresión de que soy una mujer obstinada en hablar sin sustancia. Solo necesito que usted me sitúe y vea que soy una persona bastante lúcida.

De allí que no me sienta a gusto en este hospital tan gris, porque desearía poder contar lo que sucede, me gustaría que se supiese que yo no he matado a nadie. Esos tres señores que aparecieron en Madrid con la cabeza abierta y una bala en el cerebro

se fueron de este agitado mundo sin que yo les prestase ayuda para ese viaje.

Lo puedo jurar.

Pero el universo no está preparado para que yo revele mi verdad.

Así que mantengo el silencio. Hablo con usted, acaricio su mano y por la ventana contemplo entre los barrotes un árbol hermoso, un árbol cubierto por flores de un rosa pálido, como si fuesen copos de nieve que reflejan un incendio.

Si usted pudiese mirarlo estoy convencida de que le gustaría.

Lo habrá escuchado muchas veces, sor Liliana. Yo no fui. Soy inocente. Y en ese mismo instante quien dice esas palabras suelta un hacha y eleva con dulzura una cabeza ensangrentada mientras insiste con voz temblorosa: yo no fui, yo no fui.

Digo que usted lo habrá escuchado, aunque no hay razón para que así sea; los que oyen confesiones son los curas. Pero usted habrá visto cosas, habrá contemplado momentos terribles; supongo que alguna vez viajó, alguna vez estuvo en guerras, en hambrunas, en catástrofes.

Pero en este caso le digo la verdad: yo no asesiné a esos tres idiotas.

Triste que usted no pueda responderme. Nadie me lo advirtió. No sé si es un rasgo de humor o de indolencia del personal administrativo, pero me dijeron: «La única con la que podrías hablar en tu idioma es con la monja»; así que solicité un permiso y vine a visitarla. Hubiese sido un bello detalle que me advirtiesen que usted se encuentra en coma desde hace diez meses. Fue espantosa la impresión que experimenté la primera vez que la vi con todos esos aparatos, esos cables, esas correas sujetando sus muñecas.

Al final me acostumbré. La verdad, usted tiene cara de persona arisca o malhumorada. Seguro que me estaría interrumpiendo o poniendo penitencias o dándome consejos que yo no deseo escuchar. En cambio, así somos un gran equipo: usted me escucha sin parar y yo tomo su mano y la acaricio para que sepa que de este lado alguien se preocupa por usted.

En el fondo creo que ellos sospechan que no lo hice. No dejarían tantas horas a una asesina con una indefensa monja si pensarán que soy capaz de acribillar a tres hombres musculosos y tatuados. La sangre me parece siempre un asunto de mal gusto. Es una falta de estilo aterradora. Mis enemigos debieron buscar un mejor modo de neutralizarme. Detalles y razones no les faltarían, pero son tan burdos que buscaron el camino más obvio y explosivo para acusarme.

Hasta ahora les ha salido bien. Porque lo que sucede, sor Liliana, es que las personas nos movemos por la culpa. Necesitamos siempre un culpable. Un culpable que se encuentre fuera de nosotros. Así que aparecen en Madrid tres búlgaros con un disparo en la cabeza y la culpa se convierte en una energía perturbadora, corrosiva; una ciudad entera tiembla por el horror fortuito que nace de ella y lo más sencillo es señalar a la mujer extranjera que estuvo con ellos varias horas antes.

Una vez que se inventa un culpable, la verdad se hace innecesaria.

Por otro lado, tengo cara de culpable, y eso tiene que ver con lo que le mencioné al principio. Soy demasiado grande. Y no es algo que tenga que ver con mi tamaño. En mi país soy una mujer de un tamaño respetable, pero en Europa soy común, incluso pequeña. Sin embargo, mi modo de desplazarme, de ocupar el espacio en ciertas circunstancias es el de una persona grande, una persona que impone su silenciosa rotundidad.

No me malinterprete. Nada más lejos de mis intenciones que ser pedante, por eso comencé estas palabras mostrándole mis insignificantes miserias; pero un retrato fiel debe incluir también lo que refulge en mí.

Así soy muchas veces. Una sólida montaña que camina. Así soy cuando me llamo Emma Milagros Sáez, venezolana de cuarenta años, editora en paro, mujer de cabellera castaña, con ojos brillantes y encantadores.

Aunque para serle honesta, sor Liliana, soy muchas personas y casi nunca soy esa mujer que acabo de nombrarle.

Pensará usted que mi confesión suena muy coherente estan-

do en el lugar en el que estamos. Nada más común que que alguien diga ser muchas personas cuando se encuentra encerrado en un hospital psiquiátrico. También tendrá que creermelo cuando le comento que esto es parte de una confusión, una necesaria y buscada confusión.

Este no es un lugar cómodo para mí. La gente tiene un humor simple y tembloroso con la locura. Cuando mencionas estos temas el chiste se encuentra en la punta de los labios, pero ya sabemos que las personas siempre tienen miedo y sospechan que dentro de su cabeza habitan las hormigas, los murciélagos, los dragones, las voces, los enanos deformes, las serpientes y los quejidos que un día pueden trastocarlos y hundirlos en un sitio como este pequeño hospital.

Para mí fue siempre un temor tangible. Desde que tuve seis años a mi padre lo ingresaban en lugares parecidos a este donde nos encontramos usted y yo: lugares de puertas muy blancas, paredes altas, barrotes, olores a encierro.

Solo recuerdo trozos de ese tiempo: un clima gélido en casa, unos ojos que parecían saltar del rostro, luego una madrugada de gritos y un despertar en el que mi papá no desayunaba con nosotras porque había debido marcharse a Los Andes.

Se sucedían días de silencio. Días con la tele encendida hasta la madrugada, como si la luz de la pantalla pudiese cubrirnos a las tres mujeres que allí quedábamos, como si estuviésemos alrededor de una fogata que espantaba el miedo a la noche.

Cuando fui creciendo supe que los viajes repentinos de mi padre a Mérida no eran viajes, sino ingresos en clínicas de salud mental. Alguna vez lo visité. Le llevé dulces, fotos de actos escolares, premios y medallas por ser la mejor de la clase. También fui un par de veces con mi hermana y mi mamá para buscarlo cuando le daban el alta. Veía salir a un hombre alto, con brazos delgados que me recordaban las ramas de un árbol. Sentía sus manos, sus dedos color mostaza colocados en mis hombros.

Poco a poco lo contemplábamos retomar su vida. ¿Comprende lo que digo? Era como si su ropa comenzase a darle la bienvenida, como si su silla, su sofá, su lugar frente a la tele, sus pantuflas poco a poco fueran recibiendo con suavidad.

Luego se me confunden las fechas, aunque creo que vino un largo receso, un tiempo de sosiego y curación. Esos tiempos sin tiempo. ¿Me entiendes?

Pero llegó ese viernes y yo estaba sola con él.

Recuerdo esa calma feliz, porque los viernes tienen siempre algo como de bella promesa que el domingo se encargará de desmentir.

Debía de tener yo unos trece años. Y quizá, solo quizá, habíamos advertido los repentinos silencios de papá, su manera nerviosa de fumar o de golpear con los nudillos a las mesas como si estuviese matando hormigas, pero tal vez no quisimos darnos cuenta.

Un mediodía mi madre y mi hermana estaban de compras en el centro y papá se metió en su cuarto. Yo preparaba una ensalada, a la vez miraba asombrada un libro de reproducciones de Tiziano y bailoteaba con la radio, cuando escuché gritos. Pregunté qué sucedía. Mi padre pateó las paredes.

Me encerré en una habitación. Sus voces seguían retumbando en la casa. Recuerdo que yo me miré en un espejo y vi mi pecho que se agitaba. Al final me asomé. Papá estaba en el salón. Tenía un rostro espantoso, pero al verme su expresión cambió y sonrió con timidez. A sus pies tenía una muñeca de Alida. La reconocí por los ojos muy azules, pero estaba destrozada y parecía una montaña de basura.

—Emma —dijo con la voz rota—, no te acerques. Lánzame una moneda para pagar el autobús y quédate donde estás. Yo me voy a ir al hospital. Avísale a tu mamá.

Hice lo que me pidió. La moneda salió rodando desde mi mano y cayó entre sus pies. Luego lo vi meter ropa en una bolsa y llevarse los trozos de la muñeca, excepto uno de los ojos, que permaneció junto a un mueble como un punto azul.

Creo que el ojo de esa muñeca estuvo semanas allí. Nadie lo barrió. Ninguna de nosotras barrió en mucho tiempo. El ojo nos siguió mirando, miraba el techo, miraba todos los sitios del salón donde faltaba mi papá.

Y sí, como se imagina, mi padre nunca volvió a aparecer. Fui la última que pudo ver sus hombros caídos, su espalda cansada.

Una tarde pisé el ojo y salió disparado hacia la cocina. Caminé hasta allí. Lo estuve buscando unos minutos hasta que lo conseguí oculto bajo la nevera. Sin fuerza, lo tuve un rato entre las manos, igual que si fuese un pequeño pájaro, y luego lo lancé por la ventana hacia un estacionamiento lleno de grasa y motores desarmados que se veía desde mi casa. Pensé durante unos segundos que era un ojo verdadero, un ojo blando y gelatinoso. Nunca lo escuché golpear el suelo y rebotar.